
Dos homenajes

Sonata de aniversario para Ricardo Molina

(Con un ramo de rosas para D. Pedro Soto de Rojas, y otro de claveles para D. Luis de Góngora, amigo suyo, amigo de Ricardo, y amigo mío.)

I

*Abora que yo tengo la edad que tú tenías
al irte de este valle terrible de la vida, Ricardo,
algo me pide que en voz alta diga
de ti, lejano amigo, tan presente
como el aire y el miedo que respiramos todos.
No verso melancólico, ni elegíaco envío:
apacibles palabras
fluyendo como fresco manantial de agua y música,
en desvalido diálogo
que es sólo la imposible manera de saber que comprendes
esta voz mía que te nombra.*

*No es medio siglo nada, o es medio siglo mucho.
En todo caso, válidos son esos largos años inmediatos,
subrepticios,
feroces,
irreversibles, tercos,
y no sé bien por dónde
comenzar a orearlos en la azotea del merecimiento,
donde también conjuro a tu silencio hablante
para ajuste de cuentas del recuerdo y del débito, y bebernos
siete perfectas copas de cristalino pálido y oloroso,
al que la oscuridad de un sótano marmóreo madura
a orillas del Gran Río, donde Córdoba
desdeñosa rechaza ir al mar que está lejos.*

*¿Qué oscuro sol te alumbra, Ricardo, cómo vives
la nada de tu sombra entre el fragor del tiempo desgajándose
y el crujir carroñero del mínimo universo de tu ceniza anónima?*

*¡Bien te vaya, clarísimo
varón, fruitivo cómplice
del mirlo, anacoreta
lábil, frágil persona que soportó de pie desprecio y premio!*

*Aquí y ahora rueda el minuto mortal y misterioso,
suave y embriagante como el odio de una invisible guerra,
glorioso como un búcaro de azucenas podridas,
y el pensamiento de lo eterno asciende
a increíble esplendor en nuestra artera sangre,
y el sol de junio madurando frutos,
y la moneda escasa, y el perrillo que ladra por salir a la calle,
y todo lo demás, y además cualquier cosa,
cualquier cosa que puede dar razón a la vida,
cualquier cosa que puede dar razón a la muerte.*

*Ya ha llovido, y caído, y sufrido, Ricardo,
desde los quince eneros de tu irte a otra parte,
a ese sitio absoluto, donde ya no podríamos
como eras antes verte, bajo del brazo el libro, y la sonrisa
retraída en el múltiple reflejo de las gafas,
caminando, mirando, creyendo, especulando
sobre un pasaje de Akenatón o Ausonio,
sobre un cante, unos ojos, o la maldad humana,
con tu dolido corazón prefúnebre.*

*Ya ha llovido, y seguro que, con perdón del átomo,
aún lloverá más siglos todavía.*

*Llueva y entienda el agua, si a ti te nombro muerto,
lo que ella conformó y sin ella vive.*

II

*Posiblemente el agua es inocente.
No el hombre, que alumbrara pensamiento
y construyó conceptos sobre el color y su amor lejanísimo,
para determinarlos y entenderlos
y así acceder al goce sacrílego del poder más abstracto.
Pero tu muerte personal, la muerte
de tu categoría y apellidos,*

*¿quién la entiende y quién puede situarla
en su reflejo humano, o en su tramo teológico?
Pues bien, Ricardo, en donde estés, acoge, tú que puedes.
Aquí, ya vez, seguimos enredados en carne,
y zumbidos, y esputos, y pureza,
como un feto en su vientre caliente,
y poco más sabemos
que lo que nuestros palpos, artejos, tentáculos nos traen
de esa zona exterior que tanto amamos.
¿Allí la vida continúa ardiendo?*

*Sabrás que fue en Granada, en la Granada
áulica de Ibn Zamrak, de don Pedro y García Lorca,
donde, por fin, tras años de penoso silencio,
todo tu melodioso vocerío lacónico,
todas esas palabras que usaste para experimentar que estabas vivo,
(y tu alegría era ir aprendiéndolo)
se han vertido en dos claras albercas temporales,
que espantarás a cisnes baratos de aguachirle,
o los zambullirán de repente en la honda, delicada potencia
de su húmedo misterio interminable.*

III

*Por lo demás, ya «Cántico», esa nao geórgica
que aparejaste para que navegasen
unos pocos sapientes, y otros perdidos nautas,
ya no es, en su gloria, tu cántico secreto
y cordobés, adarve
contra burguesa y necia negación de belleza,
sino clarín que enrola la admiración unánime tardía,
derramada en sintéticos trabajos esotéricos,
precario, indefendible fragor de famas póstumas.
No sé por qué te cuento lo que te cuento. Hablarte
sí que me importa, sombra dolorosa,
y tenerte cercano unos breves instantes, maestro
joven por siempre, cuando yo voy viviendo más edad de la cuenta,
y recurro al carisma del verbo encarnado en su principio,
por transterrar mi voz, o descielar la tuya.*

*¡Está Madrid tan lejos de Medina Azahara, o de tu tumba;
del Puente Viejo; de Santa Marina
de Aguas Santas; del patio de Pascual; o del bronco silabeo
cordobés, tan suave en su aspereza arábica...!*

*(Y Juan Bernier, con su mirada acuosa,
que a lo lejos escruta tan hondo como en sueños,
a estas horas irá, paso a paso, acercándose
hasta la dialogada copa amiga en taberna recóndita,
y el río y el vencejo sonarán en la tarde
de junio como entonces sonaban
y ojalá que no dejen de ejercer su misterio jamás).*

*De mí, ¿qué te diré? Que menor certidumbre
tengo mientras más vivo; que me gusta la vida
no como en otros años, sino saboreándola despacio,
como a un fruto prohibido por la muerte;
que me parece tiempo perdido todo el tiempo
no empleado en amar; que el amor es lo único
que del hombre hace un dios, o un demonio dichoso;
y que en la acompañada soledad de mi cuarto
le voy contando sílabas españolas precisas
al encendido término del cordobés Lucano,
ese otro maestro tan joven, tan lejano y presente
como tú, con quien pláceme conversar cada día,
y para quien la vida también pudo haber sido
una hermosa aventura en tierra libre.*

Máscara del Padre Rubén

*Mas oye el alma del poeta
crujir los huesos del planeta.
R. D.*

*Rufo Galo, eso es todo,
fue soldado, y durmiera con Cleopatra, oh mirada,
oh blancura, oh la rosa marmórea, en el instante
glorioso de un capricho real; luego, fue a Egipto
y fue despedazado por perros. Yace. Nada
que ver contigo tiene patán tan burdo, padre
Rubén, tronituante
fabulador, a quien alucinara divinamente el barro
de inquerida bobemia, y a quien aterroriza*

*de tal suerte su forma carnal que inventa metempsícosis y cosas
venéreas, abisales, eviternas, etéreas,
para tranquilizar a esas gracias lustrales de su verso inocente.
Bien poco te concedes, Rubén. Mal te reencarnas, mal predicas
de tu grandeza y circunvoluciones con tan mísero trance,
padre Rubén, padre Rubén, lemur honesto
y hasta burgués, y hombre malhadado y errante,
que a tan alzado precio pagaste tu destino
y tan prolijamente comprobaste la herrumbre
del momento, lo amargo de la tinta marina de tu sangre,
(nefelibata e infeliz falsamente)
y que tan mal viviste, y que tan bien viviste,
y exprimiste la ubre cerebral con tan firmes fervores
y tan experta y misteriosa mano,
que todas tus carencias
fueron ascua de verbo verdadero.*

*Injusto has sido en tu humildad nominativa,
ante tu chorotega clamor y tu española concordancia, a despecho
de tu querida de París y tus modales
de buen obispo provincial, o de marqués de folletón por entregas,
tú, sí, Quirón real, real Abantes, o Medón, o Grineo,
o Hípea, o bien Caumantes, o Lícidas, o Folo,
centauros que cabalgan por la conciencia humana,
desde que les dotaras de nueva vida rítmica
e insuflaras en ellos la llama que alza el mundo, y el resto de los astros.
Pues todavía, y más que nunca hoy,
Quirón irrumpe y clama, presa aún en sus crines la dulce abeja griega,
el triunfo del terrible misterio de las cosas vinientes
desde futuros siglos; y Abantes canta himnos
a la Natura sacra y a sus secretos pólenes;
y Grineo revela las almas del rubí y del topacio,
los ojos de estas piedras investidos de mágicos emblemas;
y Medón nos declara su misericordiosa
visión de la otra hermana de la vida,
que ya no ase corva guadaña igualitaria,
sino que va, doncella, con rosas siderales, y porta
grácilmente la copa donde se bebe olvido;
y adviene Hípea, adversa del centauro, loando
con su malignidad a la hembra, sus formas
inocentes, sus pechos durísimos, y la floral esencia
de su bestialidad, donde Venus anima arteramente
su añagaza fatal y sus traidores daños;
y Caumantes pregonas de Pan y de sus ímpetus,*

*que ritman con la inmensa mecánica celeste;
y Lícidas relata del paso de los Manes por esa selva en sombra de los sueños;
y Folo, de la oculta relación de la sangre del hombre con bestias y con dioses;
y, por fin, Quirón pone soberbiamente claro el gran secreto:
que es la muerte victoria de la humana progenie,
que la pena mayor de los dioses no es otra
que el no alcanzar la muerte y reinar, día a día, en su gloria,
glacial y solitaria, por siglos de los siglos.*

*...Eternamente muerto tú. No inútil Rufo Galo reencarnado.
Sí el centauro extrahumano de tu sangre incorrupta,
Rubén, padre sin años,
verbal patria invencible de nuestra condición amenazada,
profeta clementísimo de la errante esperanza del bípedo de hoy,
atenazado por antiguos terrores
y por las nuevas furias de su incierto progreso,
extraviado en satisfecha ignorancia,
ajeno a tu alertada palabra demiúrgica,
a tu sagrado oráculo sobre un advenimiento,
padre Rubén, bautista de aguas nuevas...
Y así, ¿ya nunca habrá otra epifanía?*

MARIANO ROLDÁN